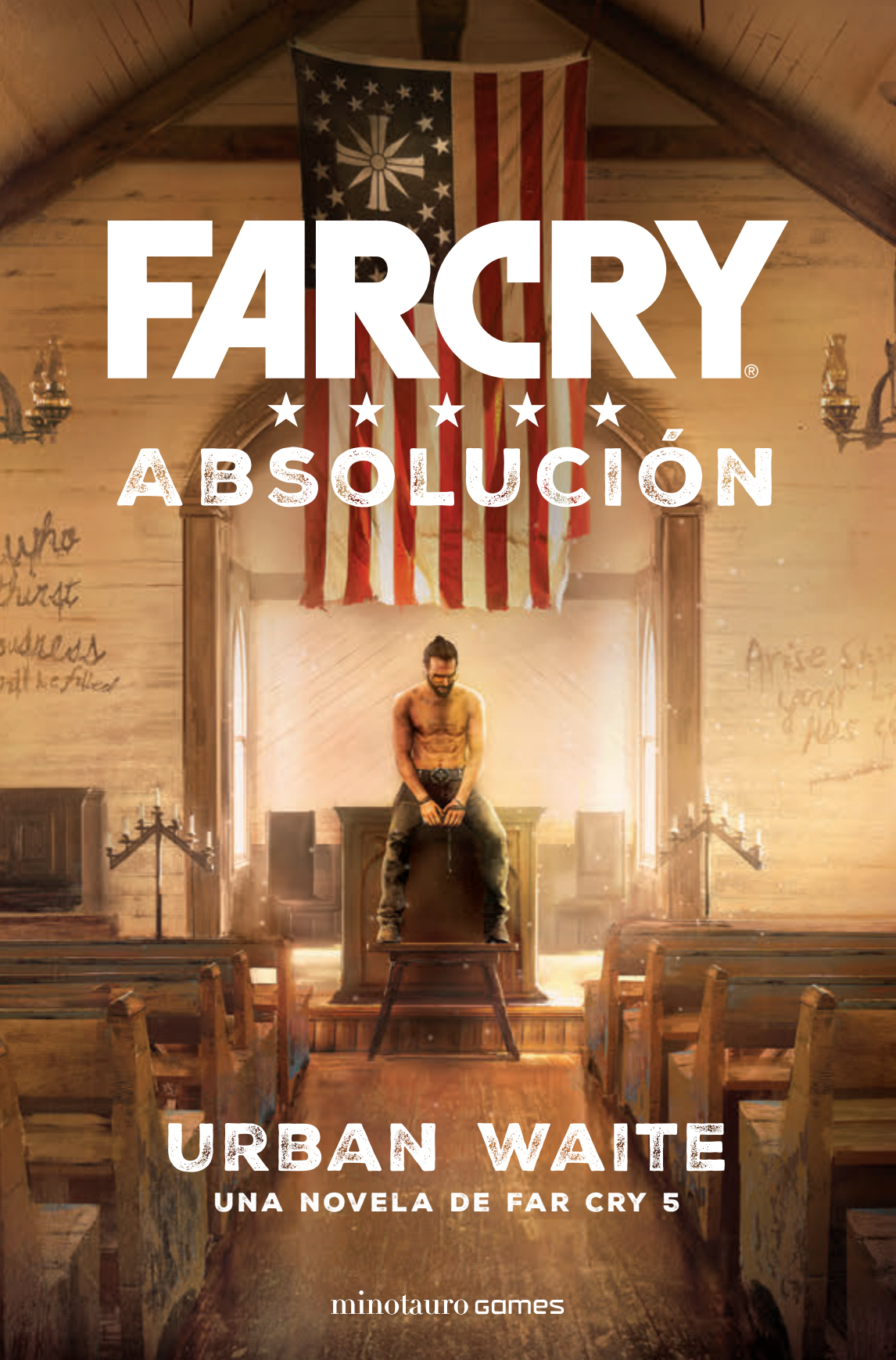

FAR CRY®

ABSOLUCIÓN

URBAN WAITE

UNA NOVELA DE FAR CRY 5

minotauro games

FARCRY®
ABSOLUCIÓN

URBAN WAITE

minotauro games

Título original: *Far Cry. Absolution*

Primera edición: marzo de 2018

© 2018 Ubisoft Entertainment. Reservados todos los derechos. Far Cry, Ubisoft, Ubi.com y el logo Ubisoft son marcas registradas de Ubisoft Entertainment en Estados Unidos y/o en otros países.

© Traducción de Traducciones Imposibles, S.L., 2017

Diseño de interior de Simon & Schuster

© Editorial Planeta, S. A., 2018
Avda. Diagonal, 662-664, 7.a planta. 08034 Barcelona

www.edicionesminotauro.com
www.planetadelibros.com

Agradecimientos a:
Yves Guillemot, Laurent Detoc, Alain Corre, Geoffroy Sardin, Yannis Mallat, Gérard Guillemot, Jean-Sebastien Decant, David Bedard, Manuel Fleurant, Dan Hay, Andrew Holmes, Nelly Kong, Marie-Joelle Paquin, Julia Pung, Sebastien Roy, Andrejs Verlisd, Sarah Buzby, Clémence Deleuze, Caroline Lamache, Victoria Linel, Anthony Marcantonio, François Tallec, Joshua Meyer, Virginie Gringarten, Marc Muraccini, Cécile Russeil, Raha Bouda, Stone Chin, Holly Hua, Jordan Archer, Bailey Mcandrews, Adam Climan, Heather Haefner, Barbara Radziwon, Marie-Pier Theberge-Julien, Damian Dale, Tom Curtis, Giancarlo Varanini, Lauren Jaques, Derek Thornton, Tina Cameron.

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-450-0493-7
Depósito legal: B 3559-2018
Preimpresión: Keiko Pink & the Bookcrafters
Impresión: Industrias Gráficas, S. A.

Impreso en España
Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Aquellos que osen poner sus manos en nuestra arca, aquellos que pretendan ahogarnos en el diluvio, aquellos que deseen excluirnos después de todos nuestros arduos esfuerzos… verán todas las manos que osen poner sobre nosotros amputadas y separadas de sus brazos. Seccionadas con la misma facilidad con la que el labriego, tras su labor, se inclina ahora para segar el trigo.

—El Padre, la Puerta del Edén
Condado de Hope, Montana

Una semana antes…

Aquel era un enorme oso gris procedente de Canadá. Los truenos habían despertado a Will Boyd, así que salió bien entrada la noche y miró hacia el norte, donde la silueta de las Rocosas del Norte se elevaba como si fueran oscuros centinelas entre el gris claro de las nubes y la luna. La tormenta estaba en algún punto del norte. Había advertido cómo se había ido formando a lo largo del día, mientras trabajaba, pues la pesada sensación de humedad había ido cargando el ambiente. Desapareció enseguida en cuanto la lluvia se precipitó y el cielo se iluminó y resquebrajó cual lago de hielo subsumido al instante por la masa de agua de la que había surgido.

A unos diez u once kilómetros, en la ladera de la montaña, pudo ver cómo la lluvia había empezado a caer copiosamente, impulsada por el viento. Se quedó allí mirando desde su posición sobre la colina. El bosque, formado por pinos contorta y abetos blancos, lo rodeaba por completo y, un poco más abajo, en el montículo que se erigía entre los piedemontes y la foresta, pudo ver cómo los rayos destellaban y se extendían a través del campo de hierba de junio.

Había cruzado ese mismo prado muchas veces en los últimos doce años o así. Sabía el aspecto que tenía en plena primavera, cubierto de campanillas moradas y flores de lino azules. En verano, una gran parte cambiaba a un verde dorado y luego se tornaba pardo a lo largo del otoño hasta que terminaba siendo una extensión blanca de tierra llana durante seis meses del año. Atravesaba aquel prado, ya fuera con un frío glacial o con un bochorno nauseabundo, bajaba de la cabaña que le habían facilitado y atravesaba el terreno que la iglesia le había encomendado vigilar, llevando consigo los dos cubos de plástico que utilizaba para recoger agua. A menudo veía alces o ciervos y, de vez en cuando, algún halcón o águila rondando desde las alturas.

Ahora permanecía de pie sobre aquel campo, tapado con la manta de lana que había cogido de la cama, y observaba cómo se zarandeaba la lluvia de un pico a otro en la lejanía, como si el viento se pudiese ver y tocar. El estruendo del primer trueno lo había despertado y había salido bajo el azulado cielo nocturno a esperar, mientras contemplaba la montaña lejana. Otro rayo cayó por segunda vez y el trueno lo siguió unos segundos más tarde. Las colinas y las montañas de alrededor volvieron a iluminarse bajo aquella luz eléctrica añil y blanca. Will se tapó todavía más con la manta que colgaba sobre sus hombros y dio unos pocos pasos hacia adelante mientras veía desaparecer aquel pulso de luz y dejaba que sus ojos se acostumbrasen de nuevo. El rayo se había dividido y ramificado y, cuando cerraba los ojos, todavía podía verlo atrapado en la negrura que creaban los párpados.

Lo primero que vio fue un ciervo, un venado adulto al que le empezaban a crecer las astas para el nuevo año. Cuando volvió a caer otro rayo, el animal había cruzado la mitad del prado al amparo de la oscuridad. Lo pilló en pleno movimiento, congelado en el tiempo por el relámpago que había surgido del cielo, con una de las patas delanteras extendida y sus dos fuertes patas traseras medio brincando, lo que hacía que pareciese flotar sobre el campo. Will vio al animal y luego lo vio esfumarse otra vez, cuando el rayo se disipó en el cielo y el estallido del trueno lo siguió en breve. La tormenta se

estaba acercando y las colinas lejanas ya comenzaban a desaparecer entre la lluvia.

Se adentró en la hierba y la juncia en busca del venado, pero tras los pocos segundos en los que se había mostrado volvió a huir, corriendo a través del prado como si alzara el vuelo.

Entonces apareció en el campo aquel gran oso. Una figura musculosa y encorvada que se movía en la oscuridad insondable que precede a la tormenta, con todo el cuerpo y toda su masa muscular en movimiento cubiertos por un abrigo de piel. Tenía las orejas echadas hacia atrás mientras corría precipitadamente a gran velocidad. Los relámpagos centelleaban en lo alto del cielo y el oso que allí se perfilaba, grande y fiero, se asemejaba a algo que suele verse erguido en las profundidades de algún museo enorme.

Pero cuando la luz del rayo se esfumó, seguida por su trueno, el oso seguía estando allí, parado en medio del prado. Las primeras gotas de lluvia empezaban a caer ya, empujadas por el viento antes de que la tormenta llegara. El oso parecía examinar el ambiente al levantar el hocico hacia los árboles lejanos y el chaparrón que estaba por venir. Cuando se irguió sobre las patas traseras y se giró de cara a la lluvia, Will no pudo creer el tamaño que tenía aquel animal. Vio en él una especie de ser primitivo, medio hombre y medio bestia, que bien podía haber reinado sobre todos en los días de antaño.

El oso se mantuvo en esa posición, de pie sobre las patas traseras de cara a la lluvia, cuando el aguacero sobrepasó los árboles y avanzó impenetrable a través del prado. El agua que lo envolvía todo cruzó aquel campo, tan cargada que lo que dejó atrás —las montañas, los piedemontes y el bosque— había desaparecido por completo. Cuando la lluvia cayó sobre el oso, fue como si el animal no hubiese estado allí presente y Will esperó un rato más, observando cómo la cortina de agua trepaba la colina en su dirección y pronto lo cubría todo. Viento y agua, ramas que entrechocaban a unos cinco o diez metros de altura… Ya no se veía ni el prado ni el bosque, y Will, que se había dado la vuelta cuando el agua comenzó a empapar la manta, regresó a su pequeña cabaña, abrió la puerta y entró con rapidez.

Después de pasarse una hora escuchando la lluvia caer con abundancia sobre el fino techo de estaño y el viento agitar los cristales dentro de los marcos de madera de las ventanas, Will abrió la puerta y se quedó de pie en el umbral, oteando la noche. La luna había vuelto a aparecer y en algunas zonas se podían ver pequeñas gotas plateadas de lluvia colgando y cayendo de las briznas de hierba y de las agujas de los pinos. En lo más alto, las luces de navegación parpadeantes de un avión de pasajeros atravesaron la noche estrellada como si de un visitante de otro mundo se tratase.

Tardaría tres días en volver a encontrar señales de aquel oso.

La primera señal que encontró de aquel gran oso gris fue una pisada en el barro blando de un riachuelo a dos kilómetros al este de la cabaña. Will se quedó de pie observándola durante un buen rato antes de levantar la mirada y estudiar la espesura de los matorrales que bordeaban el lado opuesto del arroyo. Exuberante, verde y casi impenetrable.

Había bajado hasta aquel riachuelo por una trocha de caza y hasta ese punto no había visto rastro alguno del oso en el terreno circundante. Principalmente se dedicaba a rastrear animales y a colocar trampas para la iglesia, dividiendo su tiempo entre el credo y la naturaleza remota. Se pasaba tres semanas de cada mes siguiendo huellas y cazando, y una semana en la Puerta del Edén. En los tres días que habían transcurrido desde que viera el oso había pensado que podría toparse con alguna pista —encontrar un mechón de pelo, heces o zarpazos en la tierra o en lo alto de algún tronco de pino— pero nunca le ocurrió.

Con sesenta y dos años, Will no recordaba haber visto un oso de ese tamaño en toda su vida, y ahora se preguntaba qué podría haber atraído a aquel oso gris para alejarse tanto del norte y adentrarse en aquel valle. La mayoría de los animales habían desaparecido de allí hacía años, ya fuera por la caza o por haber sido ahuyentados a medida que el valle sucumbía ante la agricultura y la ganadería. Will necesitaba ir cada vez más lejos para atrapar sus propias presas: ciervos y alces, pavos, castores y conejos.

Bajo el viejo sombrero de ala ancha, manchado de su propio sudor, se apreciaba una mandíbula cuadrada poblada de barba. Los músculos que ocultaba la camisa seguían fuertes de tanto caminar culo arriba y abajo por las colinas a diario. Escudriñó los alrededores, paseando la vista por el bosque que se extendía a sus espaldas y por los matorrales del otro lado del arroyo. Will volvió a mirar la huella en el barro. Se arrodilló y sintió cómo el peso de la mochila caía sobre su espalda cuando extendió una mano para colocarla sobre la huella. Con la otra mano agarró con fuerza la correa del rifle, pues no quería que el viejo Remington se le cayese del hombro.

Aquella huella era más grande que su mano extendida, como mínimo tres centímetros más por cada lado. Will supuso que probablemente se trataba de la pata derecha delantera. Se podían ver unas largas marcas de garras sobre cada dedo, que habían penetrado en el barro unos cinco centímetros.

Se levantó y siguió el riachuelo en la dirección que sugería la pisada. Cuando llegó al dique de castores que había alrededor de medio kilómetro corriente arriba, se arrodilló para ocultarse y observó a aquellos mamíferos pequeños y rechonchos mientras nadaban en el estanque del otro lado.

Muy cerca del centro de la charca estaba la madriguera que se habían construido. Vio a uno de los castores emerger del agua para, acto seguido, utilizando los dientes y aquellas patas delanteras tan cortas, empezar a meter una rama dentro de lo que parecía ser un agujero recién cavado en un lado de la madriguera. Muchos de los troncos viejos mostraban las reveladoras marcas de arañazos del oso, hundidos en la madera.

No logró encontrar más señales del oso mientras seguía el pequeño arroyo que descendía de las montañas y que se abría paso a través de las colinas. Colocó algunas trampas para conejos y luego circundó la cuerda que había puesto el día anterior, donde encontró liebres de cola blanca en tres de los seis lazos instalados.

Les rompió el cuello rápidamente con la destreza adquirida tras años de experiencia. Unas habilidades y unos conocimientos que su propio padre, y su abuelo antes que él, le habían transmitido. Una

vez hubo comprobado y reajustado las seis trampas, cargó con los conejos hasta el riachuelo y allí los destripó. Pasó los pellejos por el agua fría que fluía por su zona preferida, donde una roca desnuda, plana y ancha, se adentraba en el arroyo.

Will se había bañado aquí muchas veces y también había lavado su ropa en ese riachuelo para luego dejar que se secase al sol mientras él nadaba desnudo en el estanque largo y profundo que había un poco más allá. Tenía las manos y la cara intensamente bronceadas tras la primavera y el verano, pero el resto del cuerpo —exceptuando una cicatriz que le atravesaba el pecho, donde una vez tuvo un tatuaje— era pálido y casi luminiscente cual glacial derretido.

Ahora, arrodillado a la orilla del agua, desentrañó a los conejos hasta que el interior quedó limpio. El rastro de sangre flotó unos instantes sobre la corriente lenta de la charca como si de humo se tratase, antes de que el último jirón bermejo se mezclase con la corriente más grande.

Cuando volvió a levantar la mirada, el oso lo estaba observando desde el otro lado del bosque. Will vio la giba musculosa que se alzaba entre los hombros y aquellas patas delanteras, anchas y fuertes, que se agarraban al borde del terraplén mientras lo vigilaba, con unos ojos oscuros apagados y el morro alargado que sobresalía del rostro apuntando en su dirección. Tenía la nariz húmeda, y en ella había adheridas algunas briznas de hierba y algo de tierra de donde fuera que el oso hubiera estado hurgando por allí cerca. Will no se movió. Su arma, un fusil Remington 700 de hacía veinte años, descansaba en la roca sobre la que había dejado la mochila y el resto de las trampas, a metro y medio de altura. Él permaneció agazapado sobre el agua, con los cuerpos de los conejos junto a él sobre la roca y el cuchillo de caza en una mano.

Vio al oso examinar el aire una vez antes de girarse para bajar, por el lado opuesto del riachuelo, hacia la zona de la charca donde las aguas eran menos profundas. Will se levantó entonces, con los conejos y el cuchillo en las manos, y retrocedió hasta la mochila y el rifle. El oso se dio la vuelta y se levantó, soltó un rugido y luego volvió a posarse sobre sus patas delanteras. Se acercó a la orilla del riachuelo,

en dirección hacia Will, y comprobó la profundidad del agua con una pata, pero, al no encontrar el fondo, volvió a sacarla. Will miró sus enormes zarpas delanteras y cómo estas se hundían en la tierra y, en ese momento, aquella bestia se echó hacia atrás de nuevo, quedando los dos igualados. Solamente la profundidad del estanque y las dudas del animal mantuvieron al gran oso gris alejado de Will.

Ahora ya tenía la mochila. La levantó y pasó un brazo tras otro por las bandas. Se inclinó y cogió el rifle. El oso seguía sin moverse, excepto para elevar la nariz un poco más y olfatear el aire. Ni siquiera la imagen del rifle parecía acobardarlo. Gruñó una vez más y enseñó sus dientes amarillentos, dejando a la vista unos hilos de saliva que colgaban de la mandíbula superior mientras mantenía abierta una boca por la que podría haberse tragado, perfectamente, la cabeza de Will entera.

Will se volvió a inclinar, sin apartar en ningún momento la vista del oso, y cogió los conejos. Limpió la hoja del cuchillo con su pelaje y se lo guardó en la funda que llevaba enganchada del cinturón. Cuando terminó, se acercó a la orilla del riachuelo y, todavía vigilando con recelo al animal, apartó una de las liebres muertas y la lanzó, dando vueltas sobre sí misma, a través de la charca, para acabar aterrizando entre la maleza a poca distancia del oso gris.

Para cuando el oso encontró la liebre, Will ya había retrocedido hacia la roca y se adentraba entre la maleza que bordeaba la orilla por todos lados. Solamente se giró y empezó a alejarse del arroyo cuando las ramas lo envolvieron por completo. No se oía nada, excepto el rumor del agua que discurría a lo lejos. Incluso después de haber recorrido un centenar de metros o así y darse la vuelta, concentrándose de nuevo en la corriente y en los árboles que lo rodeaban, no logró oír otra cosa que no fuese el agua en la lejanía. Durante un minuto mantuvo la mirada fija en el camino que había tomado. La llamada distante de un alcaudón sonó a su derecha. El pájaro se lanzó desde su posición y sorteó los árboles hasta alcanzar los pastos despejados allende el bosque.

Will siguió a aquella ave y pronto pudo correr entre la hierba, donde se detuvo un momento para lanzar un vistazo al muro de

troncos que bordeaba el riachuelo antes de retomar la marcha. No se permitió ni un momento de descanso hasta que no llegó a la pequeña cabaña, dejó los conejos, se quitó la mochila de la espalda y salió a la terraza que daba al norte y a las montañas que allí se erigían.

Llevaba consigo el Remington y, contemplando ahora el terreno desde arriba, cogió la correa con las manos, quitó la tapa de la mira y apoyó el arma contra el hombro, acercándose la lente al ojo. Con la mira recorrió la lejana linde del bosque hasta donde sabía que el arroyo seguía discurriendo durante un kilómetro más. El viento mecía las copas de los árboles y atravesaba el campo de hierba de junio que había abajo, dibujando lo que a Will le parecieron olas sobre un enorme lago dorado.

Bajó el rifle del hombro y se quedó allí parado, observando el bosque y las colinas, con la montaña a lo lejos. Se dijo a sí mismo: «Solo porque no lo veas no significa que no esté ahí».

Will pensó en el gran alce que había visto durante la tormenta de rayos, pensó en la madriguera del castor y en el agujero que habían cavado en un lado. Sabía lo que el oso estaba haciendo allí abajo. Sabía por qué había venido.

Tres horas más tarde, después de terminar de despellejar los conejos y poner la carne en salazón, salió de la bodega y miró hacia las estrellas que titilaban arriba, en la distancia, y la luna menguante tras los árboles. Había comido y luego había seguido con sus quehaceres. Pensaba donar los conejos, junto con varios otros bichejos que había atrapado o cazado en las últimas semanas, a la gente con quien estaba en deuda, gente para la que trabajaba y quien, en cierto modo, le había dado aquella vida cuando pensaba que estaba completamente acabado.

Las pieles también las iban a vender. La mayor parte del dinero iba a parar a la iglesia, pero una pequeña parte volvía a Will. Usaba ese dinero para provisiones, como cables para trampas, cartuchos para rifles del calibre .308, mantequilla, harina y demás enseres que

Will no podía conseguir fácilmente en el bosque. Era muy cuidadoso con todo, conocía bien todos y cada uno de los objetos que había tanto en la cabaña como en la bodega. Sabía incluso sus medidas exactas, como si estuviesen dibujados en un trozo de papel y no solo guardados en su cabeza.

Echó un vistazo por el pequeño campamento que conservaba y por la casa de la que lo habían nombrado guarda en los primeros años de la Puerta del Edén. El fuego que había encendido antes para preparar la comida, básicamente panecillos, seguía mostrando el sutil brillo carmesí del carbón en el centro. Ahora que la noche se extendía por completo sobre él, atravesó la escasa distancia que lo separaba del fuego, apartó de un soplido la ceniza gris que se había acumulado sobre las hullas candentes y echó más leña encima.

Durante una hora estuvo sentado junto al fuego y pensó en el oso. Pensó en la facilidad con la que aquel oso podría haberlo matado aquel día.

Dos días después vio la camioneta blanca de la iglesia esperándolo mientras él subía la colina. Will arrastraba tras de sí un venado eviscerado sobre una carreta que él mismo había construido. Se detuvo, empapado en sudor, bajo el camal que usaba para desollar ciervos y alces. Había fabricado aquella carreta con dos ramas largas que había cortado de un álamo, amarradas en forma de cruz con otras ramas más pequeñas y luego atadas todas juntas con una cuerda de nailon. De ese modo había resultado más fácil transportar aquella pieza los tres kilómetros que separaban la cabaña del lugar donde había disparado al animal, aunque este se lo había puesto difícil.

Se quedó de pie mirando la camioneta y barrió con la mirada el pequeño claro en el que se alzaba su cabaña, pero no vio nada aparte del vehículo que sugiriese que había alguien más allí. Cansado por hacer tanto esfuerzo, carraspeó y dejó el venado. Entonces se acercó a las cenizas frías de la hoguera y escupió sobre las hullas muertas. Con los ojos puestos en el venado que yacía detrás de él, con una cornamenta similar a una corona de espinas y aquellos ojos negros y

relucientes devolviéndole la mirada, no sabía si debía empezar a desollarlo o salir en busca del dueño de la camioneta.

En el tiempo que Will tardó en quitarse el rifle del hombro y dejar la mochila en el suelo, Lonny había salido de la bodega con los conejos. Se acercó a la parte trasera de la camioneta y después de levantar la tapa de una nevera portátil y dejar los conejos dentro con el resto de la carne, vio a Will allí parado.

—Veo que te has mantenido ocupado estas últimas tres semanas —comentó Lonny mirando las neveras y, luego, volviendo a mirar a Will. Llevaba una gorra de camionero en la cabeza. Tenía barba, como todos los miembros de la iglesia, y dos serpientes tatuadas le asomaban por las mangas de la camiseta y se enroscaban por los antebrazos hasta llegar al dorso de ambas manos.

—Creía que vendrías mañana —dijo Will mientras ojeaba el claro, preguntándose si Lonny estaba solo.

—Surgió un imprevisto.

—¿Qué clase de imprevisto?

—Del tipo que me hizo pensar en ti. —Lonny sonrió y luego atravesó los diez pasos o así que separaban la camioneta del lugar en el que Will permanecía de pie—. Tengo un trabajito que podrías hacer para nosotros.

—Me gusta el trabajo que tengo ahora.

Lonny lo rodeó y miró el venado. Lanzó un silbido grave y chasqueó la lengua.

—Es magnífico.

—Después de desollarlo y deshuesarlo quedarán unos treinta y cinco kilos de carne aprovechable.

—¿Te vas a quedar la cabeza?

—Había pensado colgarla dentro.

Lonny fijó la mirada en él. Se pasó la punta de la lengua por el labio superior y luego por dentro, por las encías. Se quitó algo de entre los dientes y lo tiró con un movimiento rápido.

—Ese bicho podría ser un regalo genial para John o para el Padre.

—Le he disparado al corazón. La carne debería estar todavía bien. Solo tengo que colgarlo del gancho y ponerme manos a la obra.

Lonny sonrió.

—Te lo has montado muy bien aquí arriba. No te creas que ya nos hemos olvidado de aquello.

Will le lanzó una mirada a Lonny. El hombre medía metro ochenta, casi lo mismo que Will, pero estaba muy flacucho. Aquellos dos antebrazos con las serpientes tatuadas eran todo músculo y tendones y poca cosa más. Will también tenía entendido que Lonny sabía usarlos. Aunque nunca lo había visto hacerle daño a nadie, había oído algunas historias. Algunas contaban cómo Lonny era capaz de dar puñetazos con las dos manos tan rápido como mordía una serpiente de cascabel.

—Tardaré unos veinte minutos en desollar y deshuesar el ciervo. Y luego otra hora para limpiar los tendones y despiezarlo. ¿Dispones de ese tiempo?

—Tú despelléjalo y mételo en la parte trasera de la camioneta. Hay un montón de gente que puede encargarse de la carne en la Puerta del Edén. Y deja la cabeza.

Will cogió su cantimplora vacía y se fue a la casa. La metió en el cubo del agua y contempló cómo iban saliendo burbujas hasta que estuvo llena. Bebió de ella y luego la volvió a meter. Cuando volvió junto a Lonny y el venado, aquel hombre le estaba echando un vistazo al rifle.

—¿Disparas con un .308?

—Sí.

—¿Es lo bastante grande para un oso gris?

Will esperó. No le gustaba hacia dónde estaba yendo la cosa.

Lonny cogió una bolsita que guardaba en el bolsillo, tomó un pellizco de tabaco y empezó a enrollarse un cigarrillo con un papel que había cogido de la misma bolsa.

—Tenemos un problema y creo que tú eres el indicado para solucionarlo por nosotros. —Terminó de hacerse el cigarrillo y se lo puso entre los labios—. ¿Quieres uno?

Will lo rechazó y le dio la vuelta al ciervo para desatar la cuerda de nailon de donde la había anudado para sujetar el animal. Oyó el chasquido del mechero, luego la exhalación de humo y, cuando

quitó la cuerda de los muslos y la panza del venado, solo pudo oler el humo del cigarrillo y poco más.

—¿Conoces la casa de los Kershaw de la 224?

—Conozco a los Kershaw. Su casa está a unos treinta kilómetros de aquí. —Se arrodilló y, tras coger el cuchillo del cinturón, hizo un pequeño agujero entre las rodillas y los tendones traseros del ciervo. A continuación, cogió el gancho del camal y con él levantó al animal hasta que colgó despatarrado frente a él—. ¿Siguen criando ganado?

—Lo sabrías si asistieras a los sermones del domingo del Padre. Vas muy pocas veces. Crees que nadie se va a dar cuenta si faltas a alguno. Pero yo sí me doy cuenta. Supongo que ahora seré el primero en contarte que la iglesia tomó las riendas del negocio hace unas semanas.

—¿Tomó las riendas?

—Hizo algunas mejoras. —Lonny siguió fumando. Se alejó y echó un vistazo al prado que se extendía abajo. Cuando volvió, dijo: —Me gustaría que buscases y matases a un oso gris enorme que ayer mató a un becerro de allí.

Will detuvo el cuidadoso trabajo que estaba realizando con la piel, usando el cuchillo para separarla de los muslos, y miró a Lonny.

—Me estás pidiendo que pase por alto un montón de leyes y reglamentos.

—Eso es lo tuyo, ¿no? ¿Te crees que te hemos puesto aquí, en terreno de la iglesia, para que puedas elegir?

A Will no le gustaba que le hablaran así. Tenía razón, puede que todo le fuera de maravilla allí. Pelear con Lonny no le iba a hacer ningún bien.

—¿Tienes un plan?

—Por eso estoy aquí.

—Los osos grises son animales carroñeros —dijo Will—. Aprovechan cada ocasión. Nunca serás capaz de calarlos, son imposibles de comprender. Son capaces de cazar y matar a sus crías si es necesario. Son supervivientes. Ese oso que quieres que mate puede que solo estuviese de paso. A lo mejor simplemente vio al becerro y fue a por él. Puede que a estas alturas ya esté a kilómetros de aquí.

—¿Y si no lo está?

—Podríamos acabar en la cárcel por eso. Lo comprendes, ¿no?

—Lo que pasa en nuestras tierras es cosa nuestra.

Will hundió las mejillas. El cuchillo ensangrentado quedó colgando de su mano mientras sus ojos recorrían el claro donde la cabaña se erigía. No encontró la manera de salir de aquello.

—Cuando estuve en Vietnam había un tigre que solía cazar y matar a los hombres apostados en mi base. Intentaron prácticamente todo lo que había en sus manos para matarlo, pero siempre volvía. Nadie lo vio jamás. El animal podría haber sido un fantasma. Encontrábamos huellas y rastros de sangre, pero nunca lo vimos.

—¿Y lo matasteis?

—No —respondió Will—. ¿Cómo matas algo que no puedes ver?

Lonny se terminó el cigarrillo y lo lanzó al círculo de la hoguera con rapidez.

—¿Crees que ese oso es sobrenatural? ¿Piensas que ese oso es una especie de castigo divino? Al Padre le encantaría. Para él sería como las sagradas escrituras.

—No —dijo Will—. Estoy diciendo que no sé una puta mierda. Te estoy diciendo que no puedo ayudarte.

—A ver, Will. Sabes perfectamente que no puedes decir eso. —Lonny cogió una petaca de su bolsillo, le quitó el tapón y luego bebió de ella. No le quitó el ojo a Will en ningún momento—. ¿Necesitas que esto te dé un empujoncito?

—No —repitió Will.

Lonny se tomó otro lingotazo, se sentó en uno de los troncos cortados que había alrededor de la zona de la fogata y levantó la vista hacia Will.

—Las cosas podrían empeorar para ti —empezó Lonny—. Como llevas tanto tiempo viviendo aquí, no has visto lo mismo que yo. No sabes las cosas que nos están obligando a hacer estos días.

—El Padre decidió mandarme aquí —explicó Will.

—El Padre dice que el momento se acerca.

—¿De verdad?

—Nos dice que leamos las señales. Dice que está tan claro como el día. El infierno se está desatando en el este. Y ya viene, de una puta

punta a otra del país. Te veo, Will. Veo cómo eres. No eres un creyente como la sangre fresca que tenemos ahora, pero lo serás. Lo serás un día de estos y necesitarás que te salven, como todos los demás.

—Ya veo cómo mantienes la fe —comentó Will mientras miraba la petaca y al hombre que la sostenía.

—Genio y figura hasta la sepultura.

—No cabe duda.

Lonny tomó otro trago. Recorrió con la mirada el claro y las montañas que se alzaban a lo lejos. Algunos insectos revoloteaban bajo los últimos rayos de sol, que empezaba a retirarse.

—¿Qué le pasó al tigre?

—Los mandamases les preguntaron a los aldeanos del lugar. Sugirieron que podía hacerse un foso. El enemigo los solía utilizar contra nosotros. Así nos masacraban . A lo mejor has oído hablar de ellos. Ponían varias filas de varas afiladas y las cubrían con ramas entrelazadas para ocultarlas. La gravedad hacía el resto. —Will retomó su labor con el cuchillo. Estiró del pellejo hacia abajo hasta llegar a las patas delanteras y entonces pasó la hoja por el reverso de una y de otra, cortando y tirando.

—¿Fue así como atrapasteis al tigre?

—No, el tigre esperó. Fue eliminando a los hombres uno a uno. Esperaba en la jungla, vigilante, porque sabía sin lugar a dudas que nosotros estábamos allí para matarlo, pero nunca lo conseguimos.

—Qué puta mierda. —Lonny pegó otro trago—. ¿Y para qué coño me cuentas esa historia?

—A veces es importante entender que no siempre se consigue lo que se quiere.

—Eso vale para los dos —espetó Lonny. Miró el trabajo de Will y luego se levantó para irse—. Más te vale meter ese cabrón en la camioneta tú solo. Tengo mucho que hacer antes de empezar a cavar un hoyo junto a la casa de los Kershaw.

—No vas a conseguir atraparlo —dijo Will.

—Ya, bueno, pues voy a hacer todo lo que esté en mi puta mano. Y tú me vas a ayudar.

Will se detuvo y se quedó de pie en el mismo punto en que había visto al oso erguido para recibir la tormenta que se acercaba. Se giró y levantó la vista hacia su casa. El tejado inclinado, la tapa de hojalata de la chimenea, la cabaña en sí misma, pequeña y anodina en la cumbre de aquella colina, parecía formar parte del propio bosque.

Había pasado un día desde que Lonny lo había visitado y ahora Will cargaba con tres castores atados a una cuerda. Les había disparado desde la orilla aquella mañana y después había observado cómo iban surgiendo a la superficie. Se había quitado toda la ropa y había entrado en el estanque vadeando hasta que los pies ya no tocaron fondo. Durante un rato, después de haberlos recogido y haber vuelto a la orilla, miró una vez más la madriguera y el agujero que el oso había hecho unos pocos días antes. La sangre y el agua se escurrían por el antebrazo desnudo y caían al fango en chorros. Destripó todos los animales para conservar la carne más tiempo y cerró con un nudo las glándulas del castóreo.

La casa de los Kershaw estaba a treinta kilómetros de distancia, pero si atajaba a través del bosque y atravesaba los campos, solo había la mitad. Estaba empezando a anochecer y, mientras se mantenía de pie en el mismo lugar en el que el oso había estado, intentó imaginarse los pensamientos del animal, ver el camino que había tomado y conocer su mundo.

Soñó, su mente vagó por el tiempo y los pensamientos de su inconsciente eran sobre viejas historias que había oído de niño, transmitidas en su familia y que se remontaban a la época de los pioneros. Osos dos veces más grandes que un hombre, mineros y leñadores dándoles caza hasta rozar su extinción. Rancheros que disparaban a todos los que veían. Aquellos osos solamente tenían hambre, solo hacían lo que podían para sobrevivir y lo hacían del único modo que sabían.

Se despertó en la noche y se incorporó. Contempló el claro que había escogido para montar el campamento. Faltaban unos ocho kilómetros para llegar a la casa de los Kershaw. Había levantado el campamento nada más alcanzar la cumbre y la situación en las tierras altas le proporcionaba una posición ventajosa sobre el terreno. Mientras la luz del ocaso se extendía con un tinte anaranjado sobre las aguas azules y oscuras del cielo, comió unos cuantos arándanos silvestres que había recolectado y masticó algunas tiras de cecina ahumada que había preparado de presas anteriores. A unos cincuenta metros, los castores colgaban de la rama de un árbol y, mientras comía, contempló cómo la brisa nocturna hacía girar los cuerpos. Sus colas anchas y planas parecían una especie de vela que atrapaba el viento.

Ahora observaba aquella hilera, recién despertado de sus sueños. Miraba las figuras oscuras de los castores girando bajo la luz azul de las estrellas. Volvió a expectorar, escupió algo de flema y, en el silencio que siguió, sus ojos vagaron por el claro, examinando cada árbol y cada brizna de hierba como si todo escondiera algún tipo de amenaza desconocida para su persona.

En el este, una luz rojiza y pálida brilló como la del sol en un amanecer prehistórico, pero él sabía que no se trataba de eso. Se levantó, dobló la manta de lana y se puso una bota detrás de otra. Alargó el brazo para coger el rifle y luego salió del claro atravesando la hierba que le llegaba hasta las rodillas.

Una vez alcanzó la espesura del bosque pudo oler el humo. Y tras adentrarse unos cien metros más y atravesar sombras entrecortadas y superficies bañadas por la luz de la luna bajo aquella bóveda verde, comenzó a oír el canto y los gritos de los fieles que había allí abajo. Después de recorrer unos cien metros más, llegó a una pared de piedra ancha que se extendía unos cuatrocientos metros por ambos lados y que delimitaba el valle fluvial que abajo se extendía. Un río de aguas negras transcurría a los pies de aquella pared rocosa como si fuese tinta, pero la luz de las llamas que brillaba en algunas zonas se quedaba atrapada en la superficie. Más adelante pudo ver la gran hoguera. Aquella pila de madera medía unos tres

metros, y el fuego que allí ardía se elevaba unos cinco o diez metros más. Pudo sentir la corriente térmica sobrevolando el río y alzándose en el aire, un viento caliente y frío semejante a un torbellino que ascendía ante él.

La fogata arrojaba su luz por todos los lados del círculo que se había formado en la base, y allí Will vio las siluetas de aquellos que habían acudido a rendirle culto a su destrucción. Se oía el sonido de sus cantos mientras rezaban y suplicaban, con las cabezas inclinadas en una danza caótica propia. Las palabras, a esa distancia, no le resultaban comprensibles, pues rebotaban en la pared de roca y se perdían en el cálido viento. Pero Will ya las había oído antes y sabía más o menos lo que decían, aunque prefería no pensar en ello. Formaban parte de la iglesia de la Puerta del Edén y, tal y como Lonny había dicho, hacían lo que querían y rendían culto de la manera que ellos preferían. Porque aquella era su tierra y, le gustase o no a Will, había acudido a ellos doce años atrás buscando la salvación, que ellos le habían dado, convirtiéndolo, a cambio, en lo que era ahora: el guarda de un coto de caza, un cazador furtivo, un asesino de bestias, ya fuesen grandes o pequeñas.

Alejándose un poco del saliente encontró una porción de roca a la sombra y, tras apuntar con el rifle a las cerca de cuarenta personas que bailaban y daban vueltas, levantó la tapa de la mira y empezó a barrerlos con la mirada. Muchos vestían las túnicas blancas de la iglesia. Recorrió con la mira desde los rostros barbudos de los hombres hasta las melenas despeinadas al viento de las mujeres. No solo los observaba a ellos, sino también las sombras alargadas de sus movimientos, las sombras de las piernas y los brazos que arrojaban sobre el suelo ardiente como si fuesen algún tipo de criatura transmutada, mitad bestias y mitad hombres.

Cuando terminó de inspeccionar todo el círculo, aquellas personas formaron una cadena que se alargaba desde la pila de leña en llamas hasta el río. Apartó el ojo de la mira y, ayudándose con los hombros, avanzó hasta el borde del acantilado. Alargó el brazo hacia atrás para coger el rifle y, con cuidado de no dejar que la luz se reflejase en el cristal de la lente, divisó la figura del Padre abajo, en el río.

Tenía cincuenta y tantos años y la misma cara impasible que podía evocar tanto el horror como la salvación a cualquiera que la mirase. El hombre estaba de pie dentro del agua, que le llegaba hasta la rodilla, con la túnica puesta. El agua se aferraba a la tela y había trepado hasta el pecho, desde donde colgaba la túnica, marcando los fuertes músculos de su cuerpo. Cantó y miró hacia el cielo, y de uno en uno fue invitando a cada creyente a que se acercase a él. Los hundía en el río y los mantenía allí un rato, viendo cómo los brazos se agitaban buscando algún tipo de apoyo.

Tras bautizarlos a todos se unió un grupo nuevo. Algunos llevaban túnicas, pero muchos otros iban con su propia ropa. Salieron apiñados de entre las sombras, algunos temblando y otros claramente asustados. Los dirigían varios hombres con pistolas y muchos otros, con machetes. Mientras estos caminaban, el resto de voluntarios vestidos con su ropa bautismal los rodearon por detrás y los cercaron junto a la orilla. En ese grupo, sosteniendo un gran revólver, estaba John Seed, el hermano menor del Padre, de constitución más delgada pero hecho de la misma pasta. Ambos llevaban barba y tatuajes y también poseían aquellos ojos omniscientes que parecían escudriñar la oscuridad con una especie de habilidad nocturna.

John se adentró en el agua con el revólver y se paró a pocos metros del Padre. Los dos esperaron a que los hombres de los rifles y los machetes les llevasen hasta allí a los nuevos fieles. De uno en uno, al igual que habían hecho con los voluntarios, fueron bautizados sucesivamente y acompañados de nuevo a la orilla, junto a sus guardias. Aunque a Will ya lo habían bautizado, no había visto nunca que se hundiera a hombres y mujeres por la fuerza. Lonny le había hablado de aquello, y si Will no se hubiese saltado tantos sermones en el pasado —su propia fe iba disminuyendo poco a poco—, puede que no se hubiera sorprendido tanto de ver lo que ocurría allí abajo.

Muchas de las personas que había en la orilla estaban llorando, y Will podía ver con claridad cómo les temblaban los hombros y cuánto se reflejaba el terror de la noche en sus caras. Los observó

como si los viese a través de una burbuja de la que ningún sonido podía escapar. Estaban muy lejos y la corriente del agua ahogaba los llantos y las protestas que proferían ante aquella ceremonia forzada.

Mantuvo la mira fija en ellos durante un rato. Vio cómo se acercaban al agua y luchaban para liberarse de sus captores, pero ninguno lograba llegar muy lejos y todos corrían la misma suerte que los que habían sido bautizados por voluntad propia.

Habían pasado muchos años desde que Will formara parte de aquello. Y entonces no había sido como ahora, a juzgar por los que no deseaban hacerlo. En aquella época, años atrás, había presenciado la ofrenda de un alma y el bautismo de muchas. Había estado de pie, vestido con una túnica, a la orilla de un río igual que aquel y había cumplido con su parte para ser uno de ellos entregando el alma a la iglesia. Pero aquello parecía ser otra vida, otro tiempo, un pasado que se había ido alejando del hombre que era ahora y del papel que se le había asignado.

Una vez hubo visto lo suficiente, se apartó del borde. Se puso en pie y se alejó en dirección al bosque. Entonces, desde la hondonada, le llegó el chasquido de una escopeta. Volvió corriendo al borde del acantilado y miró hacia abajo. Pudo ver que muchas de esas personas se habían hecho un ovillo y que los guardias aguardaban erguidos sobre ellos. Muchos del primer grupo de voluntarios permanecían todavía apartados y en el agua esperaban el Padre y John. Will no sabía quién había disparado, así que inspeccionó el río, preguntándose si llegaría a ver un cadáver empujado hacia los rápidos y desapareciendo donde el río discurría haciendo curvas.

Sin embargo, no vio ningún cadáver y, cuando volvió la mirada hacia el Padre, el hombre ya estaba llamando al siguiente que iba a ser bautizado. Will, siendo testigo de todo aquello, comprobó una vez más la zona vacía del río donde los rápidos emblanquecían el agua, y no estuvo muy seguro de lo que había visto. Dejó que su mirada rondara el lugar y observó cómo el agua corría bajo él. Reflexionó sobre el significado del bautismo y de la purificación de los pecados.

Cuando todos hubieron hundido la cabeza en el agua, Will se alejó del borde. No necesitaba saber lo que el Padre les iba a decir ahora. No necesitaba seguir viendo aquello. Porque conocía muy bien esa parte. La había oído hacía doce años, cuando había acudido a la iglesia por voluntad propia, y se la repitió a sí mismo mientras regresaba al campamento. «Nos encontramos al borde de un gran abismo. Bajo nosotros se encuentra el destino de la humanidad. El hombre ha perdido el sentido ante la máquina de conflictos que ha creado, pero nosotros no nos lo podemos permitir. Solo nosotros hemos sido elegidos para sobrevivir a esta catástrofe y reconstruirlo todo. Todos somos ángeles, pero solo unos pocos estamos en el camino que nos llevará de vuelta al jardín. Somos una Familia. Yo soy vuestro Padre. Vosotros, mis hijos. Y juntos marcharemos hacia la Puerta del Edén».

La niebla matutina cubría los campos lejanos cuando Will llegó a la cima de la loma y bajó la mirada hacia la casa de los Kershaw. Un olor herboso a heces del ganado flotaba en el aire. Recorrió con los ojos la alambrada hasta que se alejó del terreno circular y dejó de verse. Un fino hilo de humo de leña se escapaba por la chimenea, y también lo observó con atención.

Se puso en marcha, siguiendo el camino de grava que descendía de la cima de la colina, y llegó a una hilera de pinos desde donde podía ver el granero. Una de sus anchas puertas estaba abierta, con la esquina de la parte inferior apoyada en el suelo. Se podían ver unas sombras oscuras en el interior. Y aunque podía oler a las vacas en el ambiente, no había visto ninguna, así que se acercó más, preguntándose qué había pasado y si el oso había vuelto e iba a surgir ahora de aquella sombra tan grande, cubierto con la sangre fresca de algún nuevo sacrificio.

No encontró nada de eso, solamente heno y la pintura descascarillada del establo. El olor embriagador a animales olvidados, desahuciados de aquel sitio hacía mucho tiempo. Cuando volvió a salir, vio la camioneta blanca de la iglesia aparcada a un lado de la carretera, más

cerca del bosque de pinos que de la casa. Habían apoyado un pico y una pala a un lado de la caja, con dos guantes de cuero amarillos sobre ambos mangos, como los inicios presuntuosos de un par de espantapájaros improvisados.

Will se sobresaltó cuando se abrió la mosquitera, a unos cuarenta y cinco metros de distancia. Se dio la vuelta y miró hacia el porche, donde Lonny esperaba atusándose la barba mirándolo a través de la hierba y la gravilla.

Cuando Will se le acercó, Lonny ya se había sacado la bolsita del bolsillo y había empezado a liarse un cigarrillo. Permaneció de pie sobre el porche. Llevaba una camiseta de tirantes fina de algodón ceñida desde el pecho hasta la cintura del pantalón. Iba despeinado y en la piel de la cara se veían con claridad las marcas de las sábanas. Escupió y se humedeció los labios mientras contemplaba a Will parado en su sitio, con los castores atados a una cuerda sobre un hombro y el rifle sobre el otro.

—¿Duermes aquí? —preguntó Will.

—A veces.

Will le vio hurgarse en el bolsillo y luego sacar un mechero. Lonny ahuecó la mano alrededor de este y se acercó la llama a los labios, el cigarrillo se prendió y la primera inhalación de humo llenó sus pulmones. Todo el proceso pareció una especie de catarsis pausada y deliberada, humo y aire, el movimiento de la brisa, la purificación del humo en su piel. El olor del humo entremezclado con el de las vacas hizo más evidente su ausencia en aquel lugar.

—¿Qué ha pasado con el ganado?

—Devorado.

Will miró más allá de Lonny, a la puerta que seguía estando abierta, como si las vacas, de algún modo, pudiesen estar allí dentro.

—¿Y los Kershaw?

—Ya no están.

—¿No están?

Lonny sonrió un poco al mirar a Will y luego se inclinó y escupió otra vez, sin molestarse siquiera en lanzar el escupitajo fuera del porche.

Will dejó los castores sobre la encimera de la cocina y fue a usar el baño. Cuando terminó, volvió al pequeño pasillo que llevaba a la sala de estar. Tenía las manos mojadas por habérselas lavado en el lavabo, así que se pasó las palmas por delante de la camisa, luego las giró y restregó el dorso por la tela, secándolas por ambos lados uno a uno como si afilara una cuchilla pasándola por un cinturón de cuero.

Al otro lado del pasillo había un dormitorio con la puerta medio cerrada. Will la abrió y miró dentro. Una cama de matrimonio, con las sábanas levantadas a ambos lados. Dos almohadas con los huecos de dos cabezas, como si quien hubiese estado allí se hubiera levantado apenas unos minutos antes y ahora estuviese caminando por el campo o esperando a que el café acabase de filtrarse.

Se dio la vuelta y siguió andando por el pasillo, alejándose de la cocina y de la sala de estar. Encontró dos dormitorios más, abrió sus puertas una por una y echó un vistazo al interior. En una, las paredes eran azules y había colgadas varias maquetas de aviones de algún juego de piezas. En la otra, las paredes eran rosas y había un tocador con un montón de peluches y caballitos de plástico alineados encima, muchos de ellos volcados, pero otros todavía en pie en posturas de acción, como un instante congelado plasmado en el diorama de un niño.

—He oído que tenías una hija. —Lonny aguardaba al final del pasillo, a unos treinta pasos.

—¿«Has oído»?

—Eso me contaron. Me lo dijeron cuando me dieron el trabajo de vigilarte.

Will se empapó del color rosa de las paredes, con las cortinas traslúcidas que cubrían la única ventana que había. Había tenido una hija. Había tenido una esposa. Una familia. Will había tenido una vida completa antes de aquella y era culpa suya que su mujer y su hija ya no estuvieran con él, que ya no formaran parte de este mundo. Y aunque había acudido al Padre y a la Puerta del Edén buscando cierto perdón, ahora sabía que no era perdón lo que había encontrado.

Cerró los ojos un momento. Olió polvo y algo dulce y casi reconocible oculto bajo todo aquello. Cuando los volvió a abrir, se giró y miró a Lonny.

—¿Qué pasó aquí? —preguntó él.

—Formas parte de nosotros, Will. Pero, aunque tú o John o el Padre o incluso yo miremos la misma cosa no quiere decir que veamos la misma cosa. —Pasearon por el campo. Todavía se podía ver la sangre en la hierba sobre la que la vaca había muerto, donde el oso había estado, se había hartado de comer y se había vuelto a marchar—. Cada uno de nosotros tiene un propósito. Has vivido en el bosque, has servido a los propósitos de la iglesia y ellos te lo agradecen.

—¿Y los Kershaw? —quiso saber Will, que todavía pensaba en las habitaciones vacías y en lo que le habían dicho, en la respuesta que le había dado Lonny y que no era una respuesta.

—También sirvieron a su propósito. Al igual que tú o que yo. Todos nosotros somos servidores.

—¿Y tu propósito? —preguntó Will. Se arrodilló y analizó el terreno, siguiendo las huellas del oso, imaginándoselo. Los movimientos ondeantes de sus músculos al correr, el brillo de su pelaje a la luz del sol y la forma en la que el polvo de los pastos y la tierra se habría levantado, lanzado al aire por unas enormes pezuñas.

—Yo me aseguro de que el Padre y la iglesia reciban lo que se les debe.

—¿Así lo llaman ahora?

—Somos una comunidad. Como bien sabes, si la iglesia te ayuda, se espera que tú le devuelvas ese favor.

—¿Y los Kershaw lo devolvieron?

—Hasta que ya no pudieron más.

—¿Y ahora?

—Les han dado otro propósito.

Will se levantó y se dirigió hacia el lugar donde habían doblado la alambrada. Vio la tierra apisonada y la hierba cortada, las marcas de la pelea que habían dejado los movimientos del oso.

—¿Estaban aquí los Kershaw cuando pasó esto?

—Sí. Pero su final ya había llegado. Ya habían matado a muchas de sus vacas para alimentar a la iglesia y su tiempo aquí y el apego a este sitio estaban llegando a su fin.

Will miró hacia el bosque que los rodeaba. Pensó en todo lo que había visto. Pensó en el oso que allí se escondía. Se preguntó si seguiría estando allí, si seguiría vigilándolos en aquel momento.

—Vi al Padre anoche —comentó Will—. Vi a John. Vi el bautizo en el río.

—Los Kershaw no son los únicos que están en deuda con la iglesia. Ha ayudado a muchos miembros de esta comunidad. Ha pagado sus hipotecas. Ha saldado sus deudas. Han estado mamando de la teta de la Puerta del Edén —explicó Lonny, y una sonrisa pícara asomó a sus labios—. Y la iglesia y el Padre solo les piden que devuelvan esos favores, ya sea matando una vaca, cultivando alguna planta o entregando sus almas a la Puerta del Edén.

—Algunos no entregaron su alma con la misma libertad que otros.

Lonny rio.

—Algunos dan con más libertad que otros, pero al final todos dan.

Will recordó la habitación de la niña. Pensó en el pasado. Pensó en cómo una copa llevaba a otra. Pensó en otra vida completamente distinta. Al final, dijo:

—En la iglesia está la salvación.

—Ya lo vas pillando —dijo Lonny—. Empezaba a creer que lo habías olvidado.

Cavaron el hoyo para el oso al borde del bosque. Cortaron las raíces con destreza y entrelazaron restos de pino fino para taparlo por completo. En el fondo del hoyo había ramas rectas y gruesas que habían sido afiladas y luego clavadas en el suelo, con el extremo punzante apuntando hacia el cielo. Will echó un vistazo y, una vez estuvo satisfecho, sacó los castores de la casa y, con un cuchillo, cortó la cuerda que había utilizado para anudar las glándulas del castóreo.